

CORAZÓN NEGRO

Silvia Avallone



temas de hoy

SILVIA AVALONE
CORAZÓN NEGRO

Traducción de Maria Borri



temas de hoy

El lunes de noviembre en que Emilia y su padre enfilaron el sendero llamado Stra' dal Forche y remontaron el bosque de castaños que separa Sassaia del resto del mundo era el Día de los Difuntos.

Riccardo seguía convencido de que un lugar como ese, una minúscula pedanía aislada, no era el más adecuado para empezar una nueva vida. No lo era para su hija, menos después de lo que había pasado y, sobre todo, estando sola. Sin embargo, Emilia avanzaba a paso ligero, convencida.

Valga decir que esa mañana el azul del cielo era deslumbrante. El aire, completamente despejado por la lluvia de la noche anterior, dejaba asomar incluso los detalles más lejanos. Y la luz que bañaba las cosas era de tal intensidad que daba por pensar que en ese risco de tierra virgen nadie se moriría nunca y ninguna historia se acabaría.

En realidad, hacía tiempo que todo había acabado: establos derruidos, una capilla votiva con una Virgen negra des-

figurada por la intemperie... Padre e hija aparentaban no hacer caso de las ruinas que bordeaban el sendero. Sudaban y callaban. Hacía muchos años que esperaban ese momento y ahora temían quebrarlo al hablar. Una espesa alfombra de hojas mojadas cubría la vereda, así que también sus pasos eran mudos. Solo los corazones atronaban. Ambos los oían retumbar por el cansancio, la emoción, el miedo, amplificados por un silencio agazapado por doquier, entre las raíces y las ramas: vivo.

De vez en cuando soltaban las maletas para recobrar el aliento. Sus pulmones ya no estaban acostumbrados a la montaña: eran gente que venía del llano y al monte solo habían ido de vacaciones hacía mucho tiempo. Notaban punzadas en las piernas y en la espalda, pero no había otra manera de subir a Sassaia: ni un solo trecho asfaltado, ni una pista de tierra o un paso por donde pudiera circular un vehículo. Habían tenido que dejar el coche en Alma, el último reducto de civilización, y seguir el camino andando, como en los años cincuenta. Y puesto que nadie, o casi nadie, se veía con ganas de cruzar a pie un bosque para comprar un cartón de leche o un paquete de tabaco, solo se toparon con un par de pinzones y una ardilla, pero ni rastro de seres humanos.

Lo que más les preocupaba en aquel momento era la casa, en qué condiciones la encontrarían. Unas semanas antes, Riccardo había enviado en avanzadilla a un pariente lejano, una persona discreta, y surgieron los típicos problemas de última hora. El calentador era viejo, las tuberías también, y era posible que no aguantaran las heladas. Había postigos dañados y el calor de la estufa de poco serviría para protegerse de las corrientes de aire. Por si eso fuera poco, los ratones habían mordisqueado la instalación eléctrica en varios puntos.

Como era de esperar, Emilia no había querido posponer el traslado. Insistió en que se las apañaría, se haría cargo de todo. Aldo, el pariente discreto, procuró disponer lo mínimo indispensable antes de su llegada: hizo una limpieza general, sustituyó algún cable y tapó unas cuantas grietas, pero había dejado muy claro que del grueso del trabajo tendría que ocuparse un electricista, alguien con muchas horas de vuelo y que se animara a llegar hasta ahí. A los dos les ponía algo nerviosos la perspectiva de encender velas de noche, en la oscuridad más absoluta, así como la negrura propia de una aldea sin farolas.

A medio camino se sentaron en unos grandes pedruscos que parecían colocados ahí expresamente para que la gente descansara. La luz del mediodía penetraba incluso en las ramas más bajas, encendía las últimas hojas aún pegadas al árbol y llegaba hasta las castañas esparcidas en el suelo, que brillaban como perlas.

—Si espabilas y recoges unos diez kilos —le dijo su padre señalándolas—, podrás sobrevivir durante semanas. Si me apuras, aguantarás incluso este invierno, cuando es probable que el sendero esté inundado de nieve —añadió irónico.

Emilia estiró una pierna y tocó con la punta de la bota un zurrón empapado de agua, sin responder a la provocación.

—A la tía Iole —continuó Riccardo meneando la cabeza— nunca nadie consiguió convencerla de que el pan fuera mejor que las castañas. Una verdadera hija del valle. ¿Te acuerdas?

Sí, pero no quería. Puestos a hablar de cosas serias, el talón de Aquiles de Emilia eran los muertos. Y se daba el caso de que la tía Iole había muerto. Pocos meses después del «asunto». Muerta de pena, se decía por ahí.

Se preguntó cómo conseguiría, de hecho, habitar una casa que había pertenecido a una persona de cuyo nombre

no quería acordarse; convivir con todos sus muebles, sus manteles, sus bibelots, y recorrer dos veces al día esa vereda, que en su memoria era el alegre sendero donde brincaba de niña, pero que con el pasar del tiempo se había convertido en una subida empinada que te dejaba los pulmones hechos polvo. Arriba y abajo, en verano y en invierno. Para ir a la compra, para buscar trabajo y, suponiendo que lo encontrara, para conservarlo. Se dio cuenta de que, si te empeñas en convertir los deseos en realidad, también los traicionas.

—Vas a acostumbrarte —le aseguró su padre, como si le leyera el pensamiento—. Se te pondrán unos tobillos así de gruesos —añadió soltando una carcajada—. Si al final te convences de que esto es una locura, como te hemos dicho todos mil veces, vuelvo y te recojo. Mañana mismo si hace falta.

—No será necesario.

—Cambiar de opinión no es sinónimo de debilidad.

—Eso es lo que tú crees —replicó Emilia en un tono de voz muy seco—. Que te quede claro que puedo desatascar una tubería y dar una mano de pintura a las paredes. Incluso la carpintería se me da bien: podría fabricarme un trineo para el invierno.

Hizo gala de su típica sonrisita desafiante, ensayada en el mismo lugar donde había aprendido a pulir la madera, a serrarla, a mentir a la perfección y a trazar el perfil exacto de un paisaje con una sola pincelada de color.

—En serio —continuó Riccardo algo molesto—. Me preocupa la nieve. ¿Y si te quedas bloqueada con el móvil a medio gas? Aldo dice que hay conexión en un punto concreto de la cocina, quiero comprobarlo. ¿Qué harás si te quedas sin conexión? No puedes pedir ayuda a un helicóptero del servicio de socorro forestal haciendo señales de humo...

—Papá —contestó Emilia soltando un suspiro—, he vivido sin móvil hasta hace dos días.

Los castaños iban cargados de zurroneos que nadie recogería. Más allá de los árboles asomaban rocas desnudas, bosques inmensos; y, desperdigados en la vegetación, envueltos en una sombra oscura o heridos por una luz fría, nueve o diez puñados de casas, unas aldeas de las que Sassaia era la más pequeña.

Padre e hija se quedaron observándolas en silencio. Luego Riccardo se dio media vuelta y miró a Emilia con una intensidad que llevaba una semilla de esperanza. Ella volvió a encontrar en su rostro marcado por los disgustos, pero aún atractivo y juvenil a sus cincuenta y nueve años, un recuerdo perdido: la expresión de confianza que había vislumbrado en él el primer día de colegio, cuando el hombre no le había soltado la mano hasta llegar a la entrada del instituto de primaria Collodi. No vio a otros niños acompañados por el padre, y para ella también aquello era una novedad absoluta porque papá siempre estaba trabajando y viajaba incluso los fines de semana. Sin embargo, como comprendería más tarde, él siempre había estado a su lado.

Cualquier cosa, Emi. Cualquier cosa que hayas... Eres y serás siempre mi hija.

—Vale —concluyó Riccardo tras limpiar sus ojos empañados—. Intentemos llegar a esa choza antes de que se haga de noche.

Volvió a agarrar las maletas. Le dejó a ella las bolsas de la compra, que eran más ligeras, y cogió la delantera. Subían por el camino de Stra' dal Forche, tan hostil que incluso había resultado difícil de encontrar.

Hacía casi veinte años que no habían vuelto.

Al llegar a Alma, en el fondo del valle, todo el mundo se fijó en el Volvo con matrícula de Rávena. Aún no habían acabado de aparcar en la plazoleta con la P de *parking* en un extremo del pueblo y Emilia ya percibió con el rabillo del ojo cierto bullicio. Algunas ventanas se habían cerrado de golpe, otras se habían entreabierto. Es posible que fueran solo paranoias, como le decía una y otra vez su padre; sin embargo, cuando se bajaron del coche una mujer entrada en carnes con un delantal atado a la cintura había salido de la tienda de ultramarinos para observarlos. Ni siquiera les había dado los buenos días.

Luego, al preguntar por el camino de Sassaia, pues no había cartel o mapa que lo señalara y ellos no recordaban dónde arrancaba, los únicos dos vecinos con quienes se cruzaron los miraron de arriba abajo con tanta desconfianza que Emilia empezó a arrepentirse. Uno de ellos siguió caminando sin contestar, escudriñándolos como si los reconociera. El otro soltó unas pocas palabras, pero las consonantes iban tan marcadas y las vocales tan cerradas que lo único que quedó más claro que el agua era que allí los forasteros no eran bienvenidos.

Digo yo que tendrían que haberlo previsto: nunca ha habido turismo en el valle. Si llegas hasta aquí, se da por supuesto que puedes exhibir fehacientemente algunos lazos familiares; de lo contrario, se te considera un intruso, un fisgón, y no eres bien recibido.

Sus maletas y las bolsas de la compra llenas hasta los topes mostraban a las claras que habían venido para quedarse. Sin embargo, su relación con el territorio era borrosa, acallada. Lo mejor sería no sacarla a la luz, no fuera que alguien empezara a atar cabos, a recordar, y eso diera pábulo a toda

clase de chismorreos y críticas, como suele pasar en cuanto le das a la gente un buen motivo para soltar la lengua.

La ropa que llevaban tampoco era de mucha ayuda. Emilia vestía como una adolescente, aunque ya no lo era: unos vaqueros hechos jirones, unas Dr. Martens violeta en los pies y una parca de plumas de color verde flúor. Su padre, en cambio, parecía recién salido de una novela de intriga de Simonon: un elegante abrigo gris, pantalones impecables y chaleco de cachemira. Ninguno de los dos tenía rasgos que los emparentara con los viejos rostros hoscos de barba descuidada, sombrero de fieltro encasquetado hasta las cejas y dialecto enrevesado que se estilan por estos pagos.

Emilia echó un vistazo a la plaza del pueblo, la única que había, y la fue reconociendo poco a poco. De pequeña había venido en verano, a hacer recados con su tía o en las grandes ocasiones que, ahora lo recordaba, la familia solía celebrar justo ahí, en el restaurante Los Abedules, del que ahora solo quedaba el letrero. La tienda de ultramarinos, en cambio, seguía funcionando y vendía un poco de todo: pan, productos de limpieza y utensilios de ferretería. También había aguantado el bar Samuray, que además vendía periódicos y tabaco. Un poco más adelante, un cartel pegado a la puerta señalaba la oficina de Correos, que abría los lunes, miércoles y viernes de las ocho de la mañana a las doce del mediodía. Cerrando el círculo, estaban la iglesia, el ayuntamiento y la escuela.

Y eso era todo.

«¿Qué coño hago aquí?», se preguntó Emilia al enfrentarse a la realidad de los hechos.

Dios no le hacía ninguna falta, el colegio tampoco; y, menos aún, los periódicos. Solo le venía bien el tabaco. Sacó un cigarrillo del paquete que llevaba en el bolsillo y lo encendió. Inspiró con chulería porque empezaba a tener miedo. Había

una regla en su vida que seguía a rajatabla: no puedes echar-te atrás, porque hacerlo es una infamia. Su padre no lo sabía, ya que nunca había frecuentado ciertos ambientes de los ba-jos fondos. Pero ella lo tenía claro porque lo había aprendido jugándose la piel.

Mientras Riccardo se empeñaba en seguir pidiendo in-formaciones, ella se acercó a la cristalera opaca del Samuray para echar un vistazo en el interior. Los clientes, que se en-tretenían jugando a cartas, tenían una edad que oscilaba entre los sesenta y cinco y los noventa años. Fue entonces cuando volvió a su mente la voz de Marta:

Piensa en los tíos, Emily. ¡Cantidad de tíos!

Vamos a pasárnoslos por la piedra, pero cuidado con echarte novio.

¡Nos los vamos a follar a todos, uno tras otro, y punto!

Se le escapó una sonrisa. ¡Menudos tíos, Marta!

Al final, pasó por allí un pastor, diría que el Rivetti, con un rebaño de ovejas y dos perros. Fue él quien señaló a Ric-cardo la escalera de piedra excavada en el suelo justo entre el bar y la tienda de ultramarinos, tan escondida entre las zar-zas y las hortensias mustias que si no eras del lugar resultaba imposible encontrarla.

Emilia nunca había visto unas ortigas tan exuberantes como las que crecían entre un peldaño y otro. Parecían que-rer cortar el paso a los insensatos como ella, que pretendían instalarse en un lugar como ese. Una aldea que la rechazaba. Que no admitía a nadie que fuera joven y estuviera vivo. Donde el ochenta por ciento de las casas estaban deshabita-das, olvidadas y vacías. Pero justo de eso se trataba, ¿verdad?

Cuando casi habían llegado al final del camino de subida, Emilia se propuso no hacer tanto caso de lo que había visto abajo, en Alma, o del cansancio de sus piernas, sino del subconsciente. Está de más decir que el suyo estaba en las peores condiciones, pero la dichosa Venturi no se equivocaba al decir:

—No tenemos ningún poder sobre nuestros deseos; se trata solo de tener el valor de prestar atención.

Y ella lo había hecho, sesión tras sesión, atiborrándose de sedantes. Se mantuvo firme en su decisión de trasladarse a Sassaia, incluso cuando la Venturi volvió a soltar las gilipolleces de siempre:

—Una persona con tu pasado, Emilia, tiene que elegir una ciudad grande, una metrópolis donde poder camuflarse. No te vale un pueblucho donde enseguida sabrán de qué pie cojeas.

—Nadie se acordará de mí —replicó ella—. Están todos muertos.

—Pues eso. ¿Y tú quieres vivir con los muertos? Porque, de ser así, me parece significativo.

«Jódete», le contestó ella para sus adentros. Se levantó y se marchó, porque de verdad esa era una pregunta hecha a mala leche y, citando a Marta, la Venturi era «una frígida de manual con un palo metido en el culo». Pero, entonces, ¿por qué aún le daba vueltas?

A esas alturas, ya jadeaba. Su padre tampoco podía con su alma. Parecía imposible que aquella vereda tuviera un final, que un poco más allá hubiera casas y que alguien pudiera vivir allí en nuestros tiempos. Pero, mira tú por dónde, en la espesura del bosque asomó un cartel blanco con unas letras de molde en color negro:

SASSAIA, pedanía de ALMA

De golpe y porrazo, el puñado de casas derruidas con las que había soñado de forma recurrente se materializó. Edificios de piedra con techos de pizarra que se mantenían en pie agarrándose uno a otro. El sol los incendiaba. Brillaba con tanta fuerza que parecía que estuviéramos en junio en vez de noviembre. Bañadas por aquella luz, incluso las montañas parecían nuevas. Quizá incluso ella pudiera ser otra vez nueva y la Venturi acabara siendo solo un recuerdo pasado, como todo lo demás.

Porque aquí, por fin, empezaba *el después*.

Aquel año la población de Sassaia contaba en total con dos habitantes.

Uno, Basilio Raimondi, tenía sesenta y cuatro años, pero aparentaba muchísimos más. Nunca estuvo casado ni había tenido novia; se había pasado la vida entera aquí arriba, solo, y era de tan pocas palabras que cualquiera lo tomaría por sordomudo. En el valle lo llamaban *el* Basilio (por estos pagos, los nombres siempre van precedidos por el artículo) y, aunque la gente fuera cordial con él, en el fondo todo el mundo estaba convencido de que le faltaba un tornillo.

El otro habitante, no muy distinto del Basilio, soy yo.

Los dos ignorábamos que una tercera persona iba a añadirse a nuestro silencio: una mujer bastante joven, pelirroja y con pecas. De haberlo sabido, tal vez nos habríamos inventado algo para defendernos de esa intrusión. O no; quizá solo habríamos estado mejor preparados y la sorpresa no habría sido tan traumática. Está de más decir que si alguien decide

vivir en una aldea despoblada es porque pretende dejar atrás cierta época de la vida en la que han pasado cosas. En que los acontecimientos te han arrollado, te han removido, te han cambiado. De saber que llegaría Emilia, no habríamos pegado ojo por la noche. Efectivamente, desde ese mismo día yo dejé de dormir, lo mismo que suele pasar cuando acabas de tener un hijo (o eso dicen).

Aquel día había estado en el cementerio. Bajé a Alma a las siete de la mañana para no cruzarme con nadie mientras limpiaba con una gamuza las fotos ovaladas y cambiaba las viejas flores de plástico por unos crisantemos frescos.

Mi hermana no había venido. Como de costumbre, ni siquiera se había molestado en pedir unas disculpas vagas enviando un escueto mensaje. No me sorprendía: ya no sabía ni dónde vivía. ¿Cuánto tiempo hacía que no venía, que no compartía conmigo la carga de los muertos, de los nichos colocados uno encima de otro, de la escalera y las lamparitas votivas? ¿Cuánto hacía que no me llamaba?

Mantenerse lejos era lo que mejor se le daba.

Recuerdo cada detalle de ese día. Hacia las ocho y media había vuelto y desayunado un huevo crudo batido con azúcar. Me habría venido bien darme una ducha y afeitarme la barba, que ya me llegaba a las clavículas, pero no tenía ganas. Me daba igual que siguieran llamándome «el oso», porque, a fin de cuentas, todos sabían que era un buenazo.

Un día la Ofelia había levantado la mano y me lo había preguntado en clase:

—¿Cuántos años tiene usted, maestro?

En esa ocasión, la barba me había servido para disimular una sonrisa.

—Es que Michele dice que tiene treinta; y Marco, cincuenta.

Los demás le pedían que callara y dejara de decir tontearías escudados tras los pupitres.

Yo me lo estaba pasando en grande y contesté:

—¡Tengo ochenta!

Ya que el 2 de noviembre, quieras que no, era festivo, había aprovechado para trasplantar los ciclámenes en tiestos más grandes y luego estuve leyendo hasta bien entrada la mañana. Solo después del mediodía me puse a corregir los ejercicios: una redacción que llevaba por título «Mi mejor amigo». Había subido al estudio del piso de arriba y me había sentado frente al escritorio, donde los folios protocolarios del examen me esperaban debidamente apilados. El primero era el de Martino Fiume; enseguida me encomendé a todos los santos.

Con doce años, repetía el último curso de primaria por segunda vez. La primera frase prometía: «Mi mejor amigo es Niebla, mi perro». Pero la segunda revelaba a las claras con quién tenía que vérmelas: «Lo encontré en una cuneta, abandonado, cuando aún era un cachorro y baulaba desesperado». Solté un bufido, saqué del estuche el lápiz rojo reservado para los errores graves y marqué con un círculo el verbo *baulaba*.

—Eso no está de Dios, Martino —solté en voz alta, pues resulta que, cuando pasas tanto tiempo solo, este hábito te permite aguantar mejor el silencio—. Ya sé que para pastar vacas no te hará falta expresarte en condiciones, pero igualmente tienes que saber hablar.

«Conjugación del verbo *ladrar* —apunté en el margen del folio—. Conjuguar en presente y en imperfecto, repetir cincuenta veces.» Acababa de levantar la punta del lápiz cuando oí dos voces que no eran ni la mía ni la del Basilio.

Me volví hacia la ventana con un movimiento brusco.

Eran las voces de un hombre y una mujer: hacían bromas y se reían. Sus pasos iban en mi dirección y se pararon justo debajo de mi ventana. Un ruido de llaves, una puerta abierta. Me di cuenta de que el corazón, un órgano que me merecía muy escasa consideración, me iba a cien por hora en el pecho, como si hubiera caído en una trampa.

Era inédito oír voces en Sassaia.

A excepción del período que va de principios de julio a mediados de agosto, cuando la gente que ha heredado casas de sus parientes y no ha conseguido venderlas viene a tomar la fresca, el silencio era absoluto. Por aquí solo se veían perdices, lechuzas, corzos, ciervos y jabalíes. El cura ya no se atrevía a subir, ni tampoco el cartero o el encargado de la basura. Tenías que bajar a la oficina de Alma para recoger el correo e intentabas acumular el mínimo posible de desechos para poder cargártelos al hombro y llevarlos tú mismo al pueblo una vez a la semana. Sí había una persona que venía a cerciorarse de que las casas siguieran aguantando después de una tormenta, pero subía solo, sin tanta cháchara ni tantas risitas.

Me levanté del escritorio, me acerqué a la ventana y eché un vistazo protegido por la cortina.

No vi a nadie. Sentí decepción, pero también alivio; resultaba difícil decidirme. Quedarme ahí clavado con la oreja puesta a la espera de posibles ruidos me dio una idea de cómo me juzgarían desde el exterior: un inadaptado, un *friki*, tan vulnerable debajo de esa capa de ropa sucia, de la barba áspera y del olor del bosque como para sentirme amenazado por la simple presencia de dos desconocidos.

Me daba vergüenza estar espiando y, sin embargo, moví un poco la cortina y me situé con vistas al callejón. Me di cuenta de que el portal de la casa de enfrente estaba abierto de par en par y en el zaguán había dos grandes maletas.

Entonces, no sé por qué, me vino a la cabeza que no solo yo había pedido una redacción titulada «Mi mejor amigo», sino que mi maestra Irene me había asignado esta misma tarea en cuarto de primaria y yo, ni corto ni perezoso, había escrito: «Mi mejor amigo es mi hermana. Corre más que los chicos, trepa por los árboles más rápido que las ardillas. Tiene las piernas fuertes y llenas de moratones, pero no hace ni caso de las heridas porque ella es una roca y demuestra más valor que nadie».

Había sacado un sobresaliente. Siempre sacaba sobresalientes. En aquel entonces todos pensaban que tenía una cabeza prodigiosa, un futuro extraordinario, algo parecido a lo que le pasaba al Basilio de chiquillo: la gente decía que de mayor sería un gran artista y había acabado siendo pintor de brocha gorda.

Volví a embutir la redacción y a mi hermana en el sótano de la memoria, el lugar que les correspondía, frío y oscuro. Me alejé de la ventana y volví al escritorio, dispuesto a corregir los errores para que la ortografía y la sintaxis se impusieran a cualquier ajeteo. Sin embargo, el hecho de que corazón y memoria se rebelasen ante mis reglas mostraba a las claras por dónde irían las cosas con la llegada de Emilia.

Abrieron de par en par los postigos de la puerta acristalada del primer piso y empujaron un colchón hasta el balcón para que le diera el aire.

He utilizado los verbos en plural, pero en realidad fue solo él quien se encargó de trasladar el colchón, las mantas y las almohadas, y las sacudió con fuerza delante de mis narices. Ella se quedó prudentemente escondida dentro de la casa mientras hubo luz de día.

Yo me empeñaba en concentrarme en Martino Fiume y su perro, en su letra de parvulario, pero a través de las cortinas no dejaba de seguir la silueta de aquel hombre de mediana edad, desde luego demasiado trajeado, que ahuecaba, sacudía y se quejaba a voz en grito de los ácaros que seguro que proliferaban dentro de la lana.

Me pregunté qué significaría aquel colchón: ¿un par de noches, una semana?, ¿una inspección con vistas al verano o la decisión de vender la casa de la Iole? Una cosa tenía más clara que el agua: nadie se vendría a vivir a Sassaia; y, menos aún, ese hombre que iba hecho un pincel, con la camisa blanca y los gemelos que le brillaban en las muñecas. ¿A quién se le ocurriría vivir hoy en día en un lugar sin una buena conexión a internet?

Efectivamente, ese fue el primer obstáculo: el televisor. Aunque Emilia se empeñara, se desesperara y pusiera patas arriba todas las habitaciones, la televisión no estaba ni iba a estar.

Si me lo permiten, ahora dejo a mi persona ahí, enredada con las redacciones de los alumnos, y paso al interior de la casa de enfrente para reconstruir los hechos tal y como los conocería más adelante.

Emilia decía muy convencida que se acordaba de la tía Iole sentada durante horas delante de la tele por la noche. Incluso podía decir qué serie le gustaba: *El inspector Derrick*.

—Te confundes con la tía de Rávena —le contestó su padre.

—¡Televisores los hay en todas partes!

—Si vamos a eso, en todas partes hay carreteras asfaltadas.

Emilia se dejó caer en un peldaño de la escalera de caracol, víctima de una desazón que no había previsto. No le im-

portaba cómo estuviera el minúsculo baño que daba al norte, una auténtica nevera, o el dormitorio sin conexión eléctrica. Estaba acostumbrada a un tipo de vida espartano y nunca se había quejado. Hacerse la tiquismiquis en según qué lugares era lo peor que te podría pasar. Nunca había montado un pollo para conseguir un capricho, pero el televisor no era ningún capricho: era su salvación. El bote salvavidas capaz de mantenerte a flote cuando subían la tensión, las voces y se llegaba a las manos; cuando la depresión hacía estragos y te arrastraba hacia un pozo sin fondo.

—Eso no es ninguna tragedia —dijo Riccardo desde abajo, al pie de la escalera, con una sonrisa que trataba de quitarle importancia al asunto—. ¡A lo mejor así te animas a leer!

Una mueca de asco asomó en los labios de Emilia. Se acordó del día en que la habían animado a que participara en un taller de lectura y escritura. Se apuntó pensando solo en la recompensa. Quien impartía el curso era una escritora cincuentona con la boca llena de palabros grandilocuentes, buenos sentimientos y brillantes perspectivas. En el segundo encuentro, ya mediada la clase, Emilia se sentía tan molesta que su fastidio se convirtió en algo epidérmico, parecido a una picazón, y por eso levantó la mano. Ella, siempre tan prudente, se vio impelida a cortar aquel flujo de gilipolleces:

—¿Nos está diciendo que las palabras van a curar nuestras heridas, que leer un libro puede redimirnos? A ver si piensa que aquí todas somos idiotas. Pruebe usted a salir de su vida y pase al otro lado, a vivir la nuestra...

Marta se había sentido orgullosa de ella. Soltó un silbido de campeonato metiéndose dos dedos en la boca. Casi todas habían chillado y aplaudido. La escritora se puso roja como un tomate. Entonces ella se levantó, victoriosa, des-

deñosa, y abandonó el taller. Marta le rodeó los hombros con un brazo y le dio un beso en el hueco detrás de la oreja. Eso pagaba con creces la recompensa perdida.

—Papá, tenemos que comprar una tele. Ahora mismo.

—¿Sabes lo que se tarda en bajar a la ciudad y volver a subir? Además, antes tenemos que buscar a un electricista. No hay antena.

—Es que yo no consigo dormirme sin televisión, es imposible.

—Ya te decía yo que esto era una locura. Y te lo dijeron la psicóloga, la asistente social... Mejor si volvemos a casa —contestó el padre meneando la cabeza.

—¿Qué coño estás diciendo? —gritó Emilia.

El rostro congestionado, los ojos abiertos de par en par. La vida era una urdimbre frágil colgada sobre un abismo y para ella siempre existía el riesgo de resbalar y caer.

—¿De qué coño de casa me estás hablando?

Riccardo no perdió los nervios e intentó tranquilizarla:

—Solo serían unas cuantas noches, nada importante.

—¡No voy a volver nunca, nunca, a Rávena!

—Pues buscamos un hotel por el camino y le damos un par de vueltas al proyecto.

—Quiero quedarme aquí. ¿Tanto te cuesta entenderlo? —replicó Emilia a punto de llorar.

Riccardo la miró con aire severo:

—Entonces, demuéstame que eres una persona adulta. Olvídate de *Gran hermano*, de *Supervivientes* y de las demás tonterías que ves en la tele. En vez de quejarte de lo que no tienes, ocúpate de limpiar a fondo el baño —le soltó entregándole un spray con lejía.

Los dos se pusieron a limpiar con ahínco, en silencio, para no darle más vueltas a la cabeza, digo yo. Él se aseguró

de que en la cocina había un enchufe para el móvil y de que la estufa, el calentador y la nevera funcionaban. El esmalte de uñas color lila de Emilia quedó hecho polvo de tanto fregar las baldosas del baño; también rascó la mugre de las tuberías. El tal Aldo, por lo visto, tenía una idea muy aproximada de lo que era una casa limpia.

Después del baño, se fue a la habitación que se convertiría en su dormitorio: un empapelado de flores con manchas de humedad, una muñeca de porcelana con ojos de cristal y mirada perpleja sentada en un silloncito tapizado y una cama sombría de madera con marquetería que remitía a la idea de un internado católico o a una pareja que practicara solemnemente la castidad.

«No podré dormir aquí», pensó Emilia. Quitó de la mesilla de noche el candelabro de peltre, las velas y las cerillas que el pariente de toda confianza (que nunca iría por ahí contando nada de lo suyo) le había dejado para vencer la oscuridad de la noche. Los miró largo y tendido y se dio cuenta de que esa iba a ser una batalla muy dura.

Al cabo de un rato llegó Riccardo; retiró del balcón las viejas sábanas de cáñamo, una manta que pesaba un montón, las almohadas y el colchón, y juntos hicieron la cama y pasaron la escoba por los tablones de madera que chirriaban a su paso, prefiriendo agarrarse a los objetos en vez de volver a pelearse. Más tarde ya se ocuparían del jardín de la parte trasera, convertido ahora en una jungla, y de la buhardilla invadida por las telarañas. De momento, intentaron disfrutar del aire perfumado por los castaños, tibio y falsamente primaveral, que entraba por todas las ventanas acompañado de mi mirada.

Dejaron de trabajar cuando el sol empezaba a esconderse tras el monte Cresto.

—Nos comemos un bocadillo y luego me voy —le dijo su padre.

A Emilia se le partió el alma al oír ese «luego me voy». Siguió a su padre de mala gana por la estrecha escalera hasta llegar abajo, a la cocina, que, como todas las cocinas de Sassaia, era oscura y húmeda, más parecida a una taberna que a otra cosa.

Ayudó a su padre a cortar el pan y a separar las lonchas de jamón del papel de la charcutería mientras se mordía los labios para no decirle: «Quédate». Se sentaron a comer los bocadillos en el sofá, el mismo en que tía Iole había pasado horas, días, años. Y todo eso sin tele. ¿Sería posible? Iluminados por el rectángulo de luz que procedía de la ventana, se escucharon masticar, tragar, sin atreverse a hablar.

A ella se le ocurrió que quizá él también estuviera viviendo «el trauma de la separación», una de las expresiones que más le gustaba a la Venturi y seguro que también a la escritora. Vete tú a saber cómo se lo montaban todas aquellas profesionales, mujeres de éxito, colocadas en el lado bueno de la vida y pisando fuerte, para tener siempre una etiqueta para cada problema. A Emilia le habría gustado volver al taller de escritura para levantar de nuevo la mano: «Óigame usted, señora *leer nos cura*, escuche bien estas cinco palabras: “el trauma de la separación”. ¿Me va a explicar qué coño quieren decir, de verdad, concretamente?». Cada vez que las oía, a Emilia le resultaban frías, inútiles. Porque resulta que ella estaba ahí, pasándolo mal. Y el mal suelta calor. Te quema desde la raíz, te aniquila.

Dejaron los bocadillos a medio comer porque no tenían hambre. Se tomaron dos vasos de agua helada. Su padre intentó hacer bromas:

—Por fin, he aquí una buena razón para vivir en Sassaia —soltó contemplando el vaso—. A ver qué tal sale el café con esta agua. Voy a probar.

El hecho de que una hija de su edad se fuera a vivir por su cuenta era de lo más corriente, sobre todo teniendo en cuenta que el lugar y la casa los había elegido ella, insistiendo con infinita terquedad. Pero merece la pena subrayar un hecho: en su historia no había nada que fuera normal y corriente.

—Hará quince años que no se usa esta cafetera.

Y el problema eran justo aquellos quince años. Para ser más exactos: catorce años, cuatro meses y nueve días.

Esperaron a que subiera el café. Lo endulzaron con dos cucharadas abundantes de azúcar, pero no había quien se tragase aquel mejunje. Su padre colocó las dos tacitas de porcelana en el fregadero y echó un último vistazo, por si aún rondaba por ahí algún trapo. Por fin, se rindió esbozando una sonrisa triste.

—Me voy a marchar —repitió—. Cuatrocientos kilómetros son muchos y, si hay tráfico, corro el riesgo de no llegar a tiempo a esa cena de la que te he hablado.

—No tienes que darme explicaciones.

Estaban acostumbrados a vivir separados, pero ahora nadie los obligaba: era una elección. Emilia se dio cuenta de que una nueva angustia iba formándose bajo el esternón, algo parecido a una pequeña muerte que, sin embargo, también traía consigo (y esa era la novedad) una chispa de adrenalina.

Riccardo recogió del aparador la cartera, el reloj y las llaves del Volvo.

—Hazme caso —insistió—. No pierdas el tiempo, ponte ya: mañana mismo lleva el currículum a la ciudad y sácale provecho a la poca conexión que tienes: llámame en cuanto lo necesites. Cómete el orgullo y no seas tan terca. En cuatro horas me planto aquí.

—Me las voy a apañar —replicó Emilia, de pie y pegada a la mesa, con una mano apoyada en el sobre porque le temblaban las piernas.

—Lo sé. Pero no quiero que te pase nada.

Emilia frunció el ceño. Un momento antes se estaba cayendo a pedazos, y ahora, de golpe y porrazo, soltó una carcajada.

—¿Hablas en serio, papá? ¿Qué quieres que me pase aquí?, ¿*qué más* puede pasarme?

Ya había pasado: *todo*.

Riccardo no se rio. Abrió los brazos y ella se refugió en ellos. Mientras se abrazaban bien pegados, cerraron los ojos y respiraron hondo. Luego, el padre, con la boca que sabía a lágrimas, le dijo:

—Lo hemos conseguido, Emi.

Se soltaron. Él se puso el abrigo, dio media vuelta y salió sin despedirse, porque no había lugar para los adioses. Cuando lo vio alejarse con una linterna en la mano, pues el cielo ya iba oscureciendo, cuando el sonido de sus pasos en el sendero de Sassaia se esfumó, tragado por el bosque, Emilia se quedó plantada bajo el cono de luz eléctrica de la lámpara en la vieja cocina de tía Iole. Sola.

Enseguida cerró la puerta.

El pestillo, la cerradura.

Podría abrirla y salir cuando le diera la gana. En cualquier momento, a cualquier hora del día y de la noche. Sin pedir permiso. Sin currárselo. Podía simplemente levantarse y salir.

Esa sensación le helaba el cuerpo.

La incendiaba.

Le provocaba una sorda excitación que recorría su columna vertebral.

Se acercó de puntillas a la mirilla, como una ladrona. El corazón le iba a mil, como después de un orgasmo.

Puso una mano en el tirador de la puerta, a punto de abrirla.

«Aún no», se dijo.

Corrió descalza escaleras arriba, como una chiquilla. Colocó las velas en el candelabro de peltre y las encendió todas. Abrió de par en par la maleta y sacó un lector de CD portátil, una de sus propiedades más queridas. Lo llevó al baño, donde había un enchufe, metió la clavija y notó cómo la corriente le fluía por el cuerpo.

Ninguna nueva vida era posible y ella lo sabía: hacía mucho tiempo que el futuro se había acabado, pero ahí estaba su disco preferido.

Le dio al *play* y puso el volumen al máximo. Volvió al dormitorio y se puso a bailar, perreando con el pelo suelto mientras repasaba con limpiacristales el espejo de la cajonera y los cristales de la puerta. Por primera vez en la historia de Sassaia, una música discotequera se difundía por los callejones desiertos, entre las casas deshabitadas, asustando a los animales y provocando que tanto el Basilio como yo, que me había pasado el día entero espiando y fisgoneando, levantáramos la cabeza de sopetón.

Por fin la veía.

Era un espectáculo tan conmovedor que se te partía el corazón.

Una chica.

Que bailaba.

A la luz de unas velas.

Con un limpiacristales en la mano.

En la casa de enfrente.

Perdidos, los dos, entre las montañas.